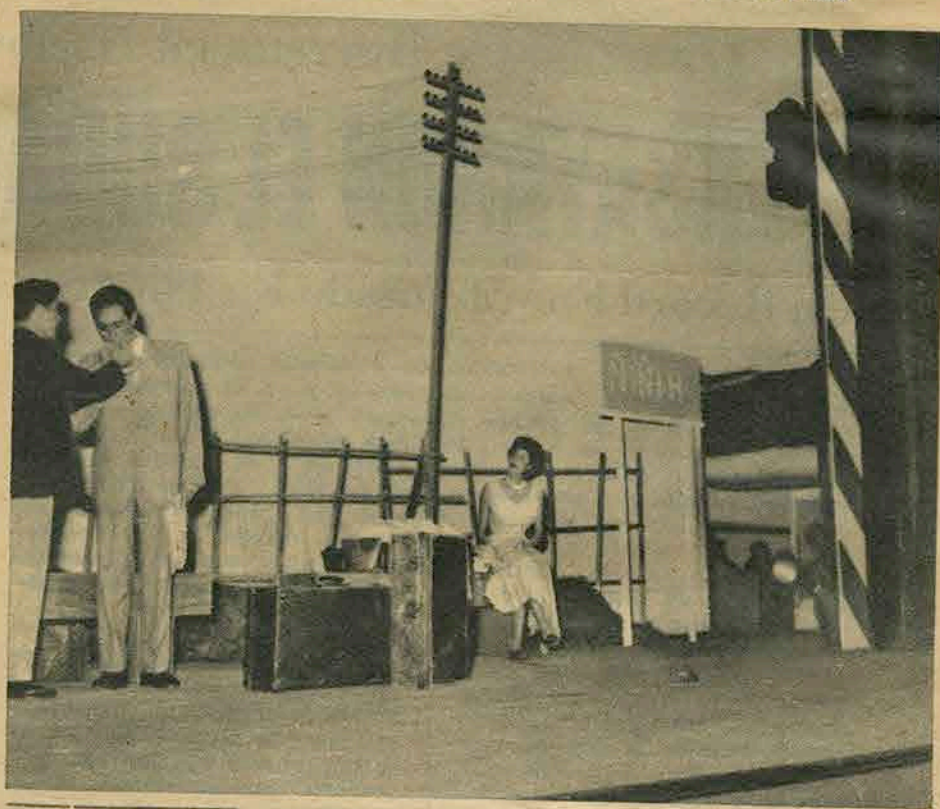


May 55



Atribuyen a Varón Locuras de Esposa

LAS ESPOSAS que vean la obra teatral "Carolina", en L'Atelier (50 pesos estudiantiles, y 100 el público), pensarán que usa pantalones su autor. "Carolina" es una esposa olvidadiza, ligera de ideas, con la encantadora coquetería de la mujer recién casada, que por sus hechos más parece hija de un declarado enemigo del dulce vínculo. Pero el programa las desilusionará: su autora es Isidora ("Nené") Aguirre, que la presentó en première exclusiva al finalizar el Festival de Teatro Aficionado, en el Antonio Varas. Dirigida por Eugenio Guzmán y escenografía de Ricardo Moreno, fue estrenada el viernes en la pequeña sala L'Atelier (con Alicia Quiroga, Ramón Sabat, Mario Lorca). Encabeza una serie de obras breves, seleccionadas entre las que montó el 55 el grupo de extensión del Teatro Experimental. A "Carolina" se agrega "Martes, Jueves y Sábado", del periodista Aurelio Díaz Meza, estrenada en broma en Papudo, por uno de sus veraneantes teatrales: el director Pedro Orthous. Su éxito y su gracia la trasladaron en serio a L'Atelier, interpretada por Orthous y María Cánepa (su esposa en la vida civil). Una farsa medieval y una de Molière completaron el programa de estreno. Los primeros días mostraron lleno completo. La presentación no deja ganancias, por el elevado arriendo de la sala (90 butacas) y los gastos de mantención.

★ EN LA FOTO: Una escena de la terrible "Carolina": Alicia Quiroga (ella), Ramón Sabat (un estudiante enamorado) y Mario Lorca (el marido).

23 de Marzo de 1928

5

EL MERCURIO.—Santiago de Chile

Jornadas de Extensión Teatral

El grupo Experimental amplía su labor divulgadora en una temporada que realiza en el Teatro L'Atelier. Comprende el programa del debut tres obras breves: "El pastel y la tarta", anónimo francés; "Martes, Jueves y Sábado", diálogo de Aurelio Díaz Meza, y "Carolina", comedia en un acto, de Isidora Aguirre.

Tres piezas risueñas que rompen la tendencia actual hacia lo tenebroso. Tal vez no sea ajena a esta iniciativa la lección dejada por el reciente festival de teatro aficionado, en el cual los espectadores acogieron con entusiasmo los programas de carácter jocoso o alegre.

Es "El pastel y la tarta" un paso del siglo XV. Está en los albores del teatro y revela su vetustez en la simplicidad de los trazos, en el tratamiento pueril y directo de los personajes y en el predominio de la acción sobre la psicología. Cabe advertir en él la cercanía de los entremeses "foirains" y de las mojigangas histriónicas de mercados y plazuelas. La interpretación exige escasa profundización espiritual. Creemos, no obstante, que el desarrollo en tono naturalista hacia lo clownesco, es excesivo; dadas las exiguas proporciones de un escenario que abulta todo desplazamiento violento. La farsa, por la tosquedad de su diseño primitivo, parece exigir mayor distancia entre los actores y el público.

Más a propósito al proscenio resulta el diálogo de Díaz Meza. Hay aquí una deliberada intención satírica. Se burla el autor de las actitudes cursis que reinaban en el comienzo del siglo y las reduce a una fina caricatura con algo de tarjeta postal: personajes amanerados, convencionales y practicantes de un ritual postizo, al cual sometían los impulsos espontáneos. Sentimientos poco profundos, ambiente provinciano, idilios de estampa...

María Cánepa y Pedro Orthous perfilan delicadamente, con ademanes cercanos al ridículo, las tintas suaves de la obra, quedándose en esa cosa blanda, sentimental y ceremoniosa de los manuales de urbanidad. El gesto, los desplazamientos, las miradas, son elementos decisivos de la estampa cursi de un tiempo en el cual toda acción humana se resolvía en fórmulas o en un simbolismo de salón. No se olvide el auge del lenguaje de las miradas, de las manos, de la sombrilla o de las flores, tan propicio a los idilios contraviados.

María Cánepa se muestra adecuadamente femenina y dueña del matiz que no exagera ni propende a ir más allá de la estilización irónica. El sentarse, el desplazarse por el metafórico jardín, es un acierto en la remembranza de aquellos años muelles. Pedro Orthous destaca en un juego mímico, en el cual a veces se diría que hace al público confidente y actor de su propio ser. En él descuella la inteligencia sobre la intuición, comprendiendo más que sintiendo.

El vestuario y la escenografía contribuyen en forma decisiva a incrementar el clima espiritual de la bella obra de Aurelio Díaz Meza.

En el pasado festival de teatro aficionado se representó una comedia de Isidora Aguirre. Fue un triunfo que ahora se ha confirmado y hasta se ha visto crecer, liberado el texto de alguna reiteración inadecuada. La autora ha escrito un cuento escénico que se ve con indecible placer por la gracia del diálogo, por el ingenio de las situaciones y por el trazado de unos personajes llenos de mucha substancia humana. Suele creerse que sólo tienen vigencia teatral los tipos trascendentales y trágicos. Los entes creados por Isidora Aguirre valen por su vivir habitual, por reflejar el nervio vital de todos los días, por su verosimilitud. Carolina y Fernando son simples diseños de una realidad hecha materia artística. Están perfectamente individualizados, con la autonomía psicológica, temperamental y biológica que les es propia.

Están interpretados respectivamente por Alicia Quiroga y Ramón Sabat. Lo mejor que de ambos puede decirse es que se hallan a la altura de la obra. La diferencia con el desempeño que Mario Lorca da al tercer personaje principal, es considerable. Hay en él algo inflexible que quiebra imperceptiblemente el desarrollo de la comedia.

La dirección de Eugenio Guzmán ha sabido obtener de la pieza el mayor enriquecimiento de sus matices, consiguiendo que en ningún instante decaiga el interés en la larga escena del único acto.

CRÍTICO

(Antonio Romero)